

La brújula que une los destinos

Naidelyn de los Ángeles Chaves Campos

En un lugar frío, en las cubres más altas de Coto Brus, donde las copas de los árboles acarician el cielo y el aire húmedo sube por las laderas, un rebaño de cabras habitaba esas montañas empinadas por generaciones...

El invierno y los fuertes vientos cargados de agua, amenazaba al rebaño, que, con esfuerzo, formaba una especie de fortaleza, juntándose para producir calor. Ese día, el dolor fuerte tocó la barriga de una cabra y, de pronto, un hermoso chivito decidió nacer.

Después de limpiarlo con su lengua, su madre decidió llamarlo Nube, pues su pelaje era tan blanco como una nube. Todo el rebaño decía que nacer en invierno era sinónimo de una muerte anunciada; el frío entumecía a los cabritos recién nacidos, al punto de que algunos sobrevivían solo unas pocas horas. ¡Nube, fue un milagro y lo más bello de aquel invierno! Y así, comenzó la aventura de este pequeñito, en las montañas de los riscos.

En su primer verano, conoció a un pichón de quetzal llamado Arcoíris y desde ese momento se convirtieron en mejores amigos. Entre charlas, juegos, brincos y sueños, Nube y el quetzal fueron creciendo.

Cada tarde se despedían y con el sol del nuevo amanecer, se reencontraban para seguir su aventura en el bosque. Todo era perfecto. Ellos se aceptaban cada uno con sus diferencias; Arcoíris dormía en un árbol de copal y Nube al cobijo del rebaño.



Un día, el quetzal fue a limpiar su bello plumaje en las aguas de un río y miró algo brillante dentro del agua. Lo cogió con el pico, ¡era una piedra preciosa! Entonces, hizo un collar para su mejor amigo. Nube, lleno de felicidad, colgó en su pecho el collar.

La noche llegó ligero y con ella, una fuerte tormenta con viento, rayería y lluvias, que arrancó varios árboles. Apenas pasó el ciclón, unos focos alumbraban las copas de los árboles y aparecieron unos hombres con capas y botas altas.

Entre tanto barullo, Arcoíris había cayó al suelo y fue atrapado por los cazadores en la oscuridad de la noche.

Al día siguiente, Nube fue a buscar al quetzal, pero no lo encontró. Buscó por todas partes y preguntó, pero nadie lo había visto.

El tiempo pasó volando, y Nube pasó tres años sin saber nada de amado amigo.

Mientras tanto, en una finca, una Cotinga, que estaba en un aguacatillo, escuchó el grito angustiado del quetzal. Voló más cerca y al mirarlo tan triste, le preguntó:
-¿Por qué estás aquí?

Arcoíris le contó a la Cotinga de esa pavorosa noche ciclónica y ella le prometió que volvería con ayuda para sacarlo de la jaula en la que estaba.

Luego de varios días, un hombre con sombrero y botas altas agarró la jaula donde estaba Arcoíris y, en ese momento, se escucharon los repiques de una campana. ¡La Cotinga había regresado! Los repiques eran los gritos del pájaro campana que decía: ¡DEBEMOS LIBERAR AL QUETZAL! Y en un abrir y cerrar de ojos, el cielo se cubrió, como de una manta gris; un ejército de alas, formaban una nube de esperanza, para el quetzal. Y así, sin poder meter ni las manos, él cazador sintió la furia de las aves del bosque, la jaula cayó al suelo y era momento de huir. Arcoíris voló sin parar, hasta que llegó, casi sin aliento, al árbol de copal. ¡Era libre al fin! ¡Había llegado a casa! Ya no había tristeza, porque al despertar de ese nuevo día, volvería a abrazar a su mejor amigo.

Nube se despertó y fue directo al árbol de copal, como todos los días, pero algo estaba a punto de suceder. De pronto, un agudo silbido en lo alto del árbol se dejó escuchar, y como un rayo de luz en el firmamento, ahí estaba él, el quetzal Arcoíris. Nube, no podía creer lo que veían sus ojos. Arcoíris bajó del árbol y se fundieron en un abrazo. No precisaron las palabras, porque la amistad verdadera es un tesoro que se multiplica con el tiempo...

Se miraron de pies a cabeza. Arcoíris tenía un plumaje brillante, con colores metálicos como piedras preciosas recién pulidas. Nube tenía los cuernos enormes y fuertes, las pesuñas gruesas y negras, que hacían un contraste con lo blanco de su pelaje, y el sonido de su llamado dejaba en claro quién era el Alfa de la montaña de los riscos. Ellos estaban juntos de nuevo, gracias a la Cotinga, al pájaro campana, y a todos aquellos que, sin conocerse, fueron capaces de ayudar.

"Entonces entendí, que la amistad es la brújula que une los destinos."

Enlace para votar: <https://forms.gle/XfoVHYqfzwWdS9fm6>